

LIBROS

Onetti o el escepticismo mortal

«Yo soy un hombre solitario, que fuma en un sitio cualquiera de la ciudad; la noche me rodea, se cumple como un rito, gradualmente, y yo nada tengo que ver con ella». Estas palabras, sacadas de su novela «El pozo», podrían valer para la mayoría de los personajes creados por el uruguayo Juan Carlos Onetti, que se encuentra en España como asistente al XVII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.

En cierto modo, la definición podría valerle también al escritor. Juan Carlos Onetti (en su habitación del hotel, novelas policíacas por doquier, esparcidas en la mesilla de noche y el suelo. Medicamentos, vasos vacíos y cigarrillos a la cabecera de la cama) es íntimo, solitario, con el bello caído, la nariz gruesa, los dientes quemados por el tabaco, mirada entre despistada y faucesca tras sus grandes gafas, un aire de constante agotamiento y una cabeza calva y dolicocefala, de cuya observación Baroja hubiera sacado seguramente sorprendentes conclusiones.

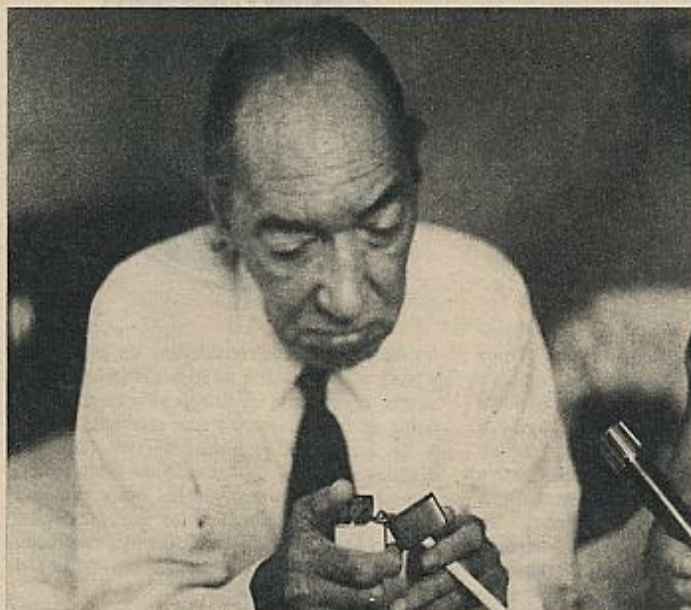
Onetti estuvo en Buenos Aires de joven, y allí trabajó en extraños oficios antes de llegar a ser periodista de la agencia Reuter. Su primera novela, «El pozo» (1939), lleva el germen de su obra con Eladio, un héroe marginado, prototipo de muchos de su caracteres, incapaces de comunicarse con el mundo que le rodea. Luego, en «La vida breve» (1950), creó el universo ficticio de esa ciudad mítica, Santa María, donde se desarrolla en parte

la acción de la mejor de sus novelas, «El astillero» (1961), una especie de limbo suspendido entre la realidad y la ilusión.

Durante la entrevista, el escritor comenta el número extraordinario que la revista «Cuadernos Hispanoamericanos» le dedicó hace unos meses. (Más de 750 páginas de letra compacta, con fotografías). Y aunque agradece el esfuerzo y la buena intención a los amigos, ironiza, porque le encuentra al volumen un cierto aire necrológico. «Me ha parecido un poco exagerado. Luego, como los homenajes se hacen casi siempre a los difuntos, me asustó un poco...».

Habla del «nuevo invento» del estructuralismo, «que intenta explicar una novela por medio de diagramas», y se ve que no cree tampoco en eso. Recientemente estuvo en Buenos Aires para asesorar la filmación de un cuento de Borges: «El muerto». Una historia muy corta del triste compadrito Benjamin Otálora, que sin más virtud que la infatuación del coraje llega a capitán de contrabandistas en las fronteras de Rio Grande do Sul. «Será una buena película, pese a las dificultades. Por ejemplo, hay un personaje al que Borges describe con cara como de Judío, negro e indio, y que además tiene empaque de mono y tigre. ¿A quién ponemos con todas esas características?», le pregunté a Borges. Y él me respondió: «Lo mejor es que no aparezca». Yo le propuse que interpretara él mismo el personaje.

Frente a la literatura de afirmación categórica, Onetti representa los perfiles indistintos e inquietantes, las soluciones que quizá tampoco existan, o las dudas inoportunas. «El escritor debe tomar posición, pero no de una manera panfletaria. En cuanto a la parte crítica, creo que si un tipo es sincero, lo piensa, lo trasluce, lo



Juan Carlos Onetti.

da a entender, sin necesidad de ir a lo otro...».

Desde su detención en Uruguay (tres meses en la cárcel) por formar parte del Jurado que premió un cuento, considerado, entre otras cosas, pornográfico, viajar tiene efectos sedantes para Onetti, que no quiere manifestarse en público sobre la política de su país. Piensa, eso sí, que «Montevideo es una ciudad muy triste. No sé si será porque la gente no tiene dinero, o qué», y ha adquirido un alto porcentaje de indiferencia fatalista hacia el mundo que le rodea. «Mucha gente cree que soy un tipo muy bueno, pero en realidad es pura indiferencia. Mientras siga existiendo la muerte —y sospecho que va para largo— la vida me parece absurda y sin sentido en su conjunto... ¿Qué significado tiene toda esa serie de generaciones que se suceden?...».

Detrás del novelista, como una sombra que lo apoya y protege en segundo plano, influyendo, está la mujer —Dolly—, siempre como en estado de tensión, moviéndose a su alrededor, recordándole cosas, dándole consejos y, en ocasiones, haciendo sonar la risa.

Expresa Onetti opiniones sobre algunos destacados representantes de

la narrativa hispanoamericana actual. ¿Borges?

«Tiene mucho talento. Sus cuentos pueden ser considerados como un traspaso a la literatura de la filosofía idealista. Schopenhauer y Berkeley son sus ídolos». ¿Cortázar? «Al argentino se le discutirá siempre, pero su talento es indudable. Me parece, sin embargo, que Cortázar juega demasiado con su seguridad de talento. Pero tiene páginas admirables. En su novela «Rayuela», por ejemplo, hay una descripción antológica del amor físico que no llega a una página. Creo que cometió un error en el «Libro de Manuel», al reiterar el mismo tema tres veces, cuando ya lo había descrito la primera magníficamente». ¿Mario Benedetti? «Debe ser millonario ya con el éxito de su película «La tregua». Aunque sigue siempre una línea política muy clara y parece que el éxito no le ha cambiado».

Juan Carlos Onetti tiene el valor de decir lo que otros muchos piensan y callan, aunque verbalicen en contrario para quedar bien o hacer carrera en ocasiones. Frente a tanto maniqueo cultural de pacotilla, prefiera los grises dudosos y el claroscuro razonado. A la utopía idílica

opone una visión del mundo angustiada y no ciertamente demasiado optimista. Es el hombre sin fe, el heterodoxo recelado siempre por unos y otros, el eterno aguafiestas, que tiene la impertinencia de poner objeciones a la ilusión antropológica; pero al menos nadie podrá negarle su cualidad de escritor. Y surgen las preguntas políticas para obligar al lobo a salir un poco de la guardia y confesarse (con perdón) a la luz del día.

«¿Por qué ese ansia de compromiso político en las nuevas generaciones de escritores hispanoamericanos?»

«Lógico. Está determinada por las condiciones de Latinoamérica. ¿Por qué se produjo la Revolución Francesa? Porque la gente estaba muerta de hambre. Y no es que yo tenga la esperanza, que ha proclamado Vargas Llosa, de que cuando hay un «bum» novelístico es que estamos en el prólogo de una revolución. No lo creo».

Para Onetti, la política no es una «vía de salvación indiscriminada y universal. La rechaza como panacea mesiánica».

«No puedo creer que con una revolución vamos a resolver todos los problemas, no sólo a la Humanidad, sino al indi-

viduo. Me parece que con esto se comete un error muy grande. Si a mí me aseguran que se hace la revolución y que en el año tres mil vamos a vivir en el Edén otra vez, querido amigo... ¿qué me importa lo que suceda en el año tres mil, si a mí me van a llevar al pudridero?»

«¿No será esto una solución elusiva?»

«A mí no me parece elusiva; a mí me parece de toda sinceridad. De no creer en la revolución para solucionar todos los problemas. ¿Cuánto tiempo lleva la Revolución Rusa? Medio siglo. ¿Y cómo está la libertad en Rusia? ¿Hay libertad de expresión? ¿Cuántos escritores han tenido que salir? ¿Cuántos tipos de ballet se han quedado en Estados Unidos?... Hay dos figuras femeninas cuyo apellido no recuerdo ahora, que se han aislado...»

«Pero los bailarines de ballet —le interrumpe un colega presente— son gente acostumbrada a vivir muy bien».

Y otra vez la ironía onettiana:

«Por lo menos tienen tendencia a eso».

«Podríamos hablar también un poco de los cadáveres que aparecen flotando en el riachuelo o tirados en los basurales de Buenos Aires».

«Sí, pero... ¿y quién los mata?»

Y en un momento, la conversación se ha ido ya por los cerros de Ubeda. El tema de la política le resulta incómodo, y cuando lo aborda, por imposición del periodista, se le escapan herencias. Fuma, charla, y la voz de Dolly:

«Ten cuidado. Mira que no te quiero otra vez en la cárcel».

Al final, su vida cotidiana, resumida en muy pocas palabras:

«Paso el día tirado, leyendo y escribiendo algunas veces. Estoy bastante aislado. Una de las cosas que más me influyeron para venir a este Congreso fue cambiar un poco de aires, salir de la depresión en que me encuentro».

■ FERNANDO MARTÍNEZ LAINEZ.